

oscura é ignorada por más de dos siglos y medio,» lo dice don Fr. Roque Cocchia con notoria ligereza y pasion , pues era su lugar bien conocido.

»Nadie ignora que el sepulcro de Cristóval Colon se hallaba en el presbiterio, y consta ademas por testimonio del Arzobispo don Alonso de Fuenmayor que en 1549 era «la sepultura del Almirante don Cristóval Colon, *donde están sus huesos*, muy venerada é respetada en nuestra sancta iglesia, en la capilla maior (1).»

»Cuando en 1655 se presentó á la vista del puerto una poderosa armada inglesa, y amenazó la ciudad con un desembarco que llevó á efecto parando en mal de los invasores , el Arzobispo don Francisco Pio ordenó que «las sepulturas se cubran, para que no hagan en ellas desacato é profanacion los ereges , é ahincadamente lo suplico en la sepultura del Almirante Viejo, que está en el Evangelio de mi sancta Iglesia é capilla (2).»

»En 1676 , representando el Arzobispo don Juan de Escalante al Real Consejo de las Indias la suma pobreza de la Iglesia Catedral, casi arruinada por el violento terremoto de 1673 , ponderaba la necesidad de proveer á la conservacion de aquel templo , entre otras razones , porque «á la diestra del altar , en la capilla mayor, yace sepultado el ilustre don Cristóval Colon (3).»

»Hay más : existe impreso en Madrid , sin fecha , un corto volumen que lleva el título de *Synodo Diocesana del Arzobispado de Santo Domingo , celebrada por el Ilmo. y Redmo. Sr. D. Fray Domingo Fernández Navarrete. Año de 1683, día 5 de noviembre*. Es el *Synodo* una recopilacion de las constituciones sinodales formadas desde que dicha Iglesia obtuvo la honrosa declaracion de Primada de las Indias en 1547 , y sus noticias tienen grande autoridad , porque proceden de documentos mucho más antiguos (4).

»Dice, pues, el *Synodo* que los huesos de Cristóval Colon «yacen en una caja de plomo en el presbiterio , al lado de la peana del altar mayor , con los de *su hermano don Luis* , que están al otro , segun la tradicion de los ancianos de esta Isla.»

»Pasando ahora por alto las palabras *su hermano don Luis* , en las que fijará

(1) *Relacion de las cosas de la Española*, manuscrito citado por el Sr. López Prieto en su *Informe sobre los restos de Colon*, pág. 36.

(2) *Gloriosa hazaña de las armas españolas contra las inglesas, etc.*, manuscrito citado por el Sr. López Prieto en su *Informe*, páginas 38 y 40.

(3) Archivo general de la Habana, segun el Sr. López Prieto en su *Informe*, páginas 38 y 40.

(4) El *Synodo* parece ser la fuente principal de las noticias contenidas en el *Extracto* de las comunicadas al Gobierno por los jefes y autoridades de las islas Española y de Cuba , sobre la exhumacion y traslacion de los restos del Almirante D. Cristóval Colon en los años de 1795 y 1796. Publicó el *Extracto* D. Martín Fernández de Navarrete en su *Coleccion*, tomo II, página 365.

más adelante su atencion la Academia , ya es tiempo de interrogar á don Fray Roque Cocchia y pedirle estrecha cuenta de su juicio temerario sobre la oscuridad y olvido de la tumba del Almirante de las Indias por el largo espacio de dos siglos y medio. No se trata de refutar una opinion errónea : trátase de demostrar que, como sólo cabe descubrir lo oculto , no siendo ignorado ni desconocido el lugar de la sepultura , repugna al sentido comun prestar fé *al descubrimiento de los verdaderos restos de Cristóval Colon.*»

Duélenos ver como se la presta el ilustrado y concienzudo escritor de la *HISTORIA DE LA VIDA Y VIAJES DE CRISTÓBAL COLON* el señor Conde Roselly de Lorgues, como es de ver de la alteracion que ha dado á su dicha Obra en la última y magnífica edicion que de la misma acaba de publicar en Paris el editor Víctor Palmé.

Nuestros lectores podrán convencerse de ello por si mismos , cotejando el capítulo 2.º del 2.º tomo de esta obra , traducido de la 2.ª edicion francesa , con el último que ahora encierra la obra esencial y radicalmente modificado , despues de las noticias llegadas á Europa acerca del supuesto hallazgo de los verdaderos restos de Colon. Cuando personas tan competentes en historia como el señor Conde Roselly se dejan sorprender por la primera impresion, ¿qué debe esperarse del vulgo? ¿Quién creerá que es una misma la mano que escribió años atrás la magnífica reseña de la traslacion de los restos de Colon desde Santo Domingo á la Habana en diciembre de 1795, y que ahora escribe el final de su obra, nuevamente editada, con un capítulo que borra todo lo dicho en aquélla?

Confiamos que, mejor enterado el señor Conde, rectificará su juicio y abundará en sus primitivas ideas respecto á la materia.

Vean ya nuestros lectores íntegro el capítulo citado, y comparen.

EL ATAUD DE CRISTÓBAL COLON.

I.

Á la manera que en la época de las persecuciones de la Iglesia se enterraban, junto con los mártires , redomitas lacrimales llenas de su sangre , y la imágen de los instrumentos de su suplicio , así tambien se encerraron dentro del ataud de

Cristóbal Colon las cadenas con que la ingratitud aprisionó sus piés y manos. Los franciscanos acompañaron despues el cuerpo á la iglesia Catedral de Valladolid, Santa María la Antigua, donde se celebraron muy modestamente las exequias del Almirante de las Indias; hecho lo cual trasladaron los mismos religiosos sus restos mortales á las tumbas mortuorias de su convento de la Observancia.

Cristóbal Colon que había encontrado su primer asilo en un convento de franciscanos, recibió tambien de ellos la última hospitalidad. Pasados muy pocos días nadie en Valladolid se acordaba de aquella gloriosa sepultura, si exceptuamos á la familia franciscana.

Durante el año 1513 turbóse repentinamente la fúnebre soledad en que yacía Cristóbal Colon. Desenterróse su ataúd para trasladarlo á Sevilla y depositarlo en el convento de sus amigos los Cartujos. El Revelador del Globo permaneció dormido en el Señor hasta el año 1526 debajo de las losas del austero claustro donde se había refugiado tan á menudo. Sus restos, quitados despues del silencio de la Cartuja, fueron trasladados de España á Santo Domingo y bajados á una tumba de la Catedral, á la derecha del altar mayor.

Despues, quedó oscurecida su gloria.

Al cabo de muy poco tiempo nadie se acordó de él. El honor del Descubrimiento se atribuía ya al florentino Américo Vespucci, ménos marino que cosmógrafo, ménos cosmógrafo que latinista; y por una injusticia irritante, dábase su nombre al Nuevo Continente, miéntras que se borraba de la memoria de los pueblos el del amplificador de la Creacion. Apénas si de tarde en tarde se atrevía á nombrar á Colon algun escritor, haciéndolo aún con vacilacion y timidez.

Habían trascurrido los años. En el mar y en la tierra habían ocurrido graves acontecimientos. En los habitantes se obró un movimiento inesperado durante la Revolucion francesa, cuando en 1795 nos hubo España cedido Santo Domingo. Los Castellanos no quisieron abandonar á nuestra nacion los restos del más grande de los hombres, y trasladaron á la Habana con religioso aparato lo que ellos creían ser las reliquias de Cristóbal Colon.

Extendióse luégo el silencio otra vez sobre el Revelador del Globo. Las guerras de Napoleon, los cruceros ingleses, las conmociones civiles de la América meridional, los sacudimientos de la Europa, la caída del coloso imperial, tenían entónces ocupada la atencion. El Mensajero de la Providencia quedó tan abandonado de los católicos que llegó al extremo de ser, sin ningun amparo, la presa y blanco de los biógrafos protestantes, quienes disfrazaban libremente á su antojo sus actos y su carácter.

Pero la nombradía de Colon se levantó súbitamente de las sombras del error el día bendito en que subió á la silla apostólica Pio IX, el primer Papa que había

pisado el suelo del Nuevo Mundo. Y cuando el inmortal Pontífice se dignó mandarnos que escribiéramos esta historia, las simpatías cristianas se encontraban ya dispuestas á darle acogida.

La gloria religiosa de Cristóbal Colon resuena armoniosamente en adelante en el universo católico.

II.

No permitiremos que ni el tiempo ni la muerte arrebaten á la gratitud de los amigos retrospectivos de Colon el nombre de sus primeros admiradores en Italia.

Citemos en primer lugar al sabio cardenal Pietro Marini, que fué gobernador de Roma; los Eminentísimos Altieri, Fransoni, Fornari, Macchi, Riario Sforza, Ferreti-Mastai, primo del Papa; Gaude, d'Azevedo, Recanati, el célebre paleógrafo Ángel Mai, el Reverendísimo P. Jandel, General de los Dominicos; el Reverendísimo P. Ventura, antiguo General de los Teatinos; el ilustre Arzobispo de Génova, Mgr. Andres Charvaz, cuyo gran corazon comprendía tan bien al de Colon.

Aqui no podemos callar el nombre del hermano de nuestra alma, el amigo siempre llorado, el conde Tulio Dandolo, vulgarizador de nuestra historia en lengua italiana. Actualmente continua su noble papel el muy excelente y docto genoves don José Baldi, el único animoso defensor del héroe en su ciudad natal.

Saludemos tambien la memoria del primer Romano que solicitó la Beatificacion del gran Siervo de Dios. Siendo Prefecto de la Sagrada Propaganda, había recibido S. Em. el Cardenal Franchi la orden del Santo Papa Pio IX de imprimir, á sus costas, nuestro libro el *EMBAJADOR DE DIOS*, donde estan detalladas las pruebas de las virtudes heróicas y de los milagros de Cristóbal Colon. *Supo tambien con satisfaccion el descubrimiento de su VERDADERO ATAÚD, hecho por Monseñor Roque Cocchia, Arzobispo de Santo Domingo, en las bóvedas de su Catedral, el 10 de setiembre de 1877.*

NO MÁS DUDAS EN LO SUCESIVO. Esta vez no se han encontrado simplemente como en 1795, trozos de plancha y de metal mezclados con cenizas humanas, sino una caja de plomo en estado de conservacion perfecta. Ya no cabe equivocarse. *Hé aqui finalmente LAS VERDADERAS RELIQUIAS de Aquél que nos reveló la extension de la Tierra.* Dentro y fuera de su ataúd están visibles el nombre entero del hombre enterrado, y hasta su cualidad.

¿No parece perpetuarse más allá de la tumba el carácter excepcional de grandeza que distingue del resto de los mortales al Revelador del Globo? Después de más de tres siglos vemos que le permanece fiel la Orden Seráfica. El deseo de glorificarle anima todavía á los hijos del Doctor de la humildad el abrasado y poético Francisco de Asís.

El primer Cardenal italiano que firmó la postulación de los Obispos, S. Em. Riario Sforza, era Terciario de San Francisco.

El primer Prelado italiano que propuso á Su Santidad la Beatificación de Colon es una gloria franciscana, el profundo y sabio Monseñor Filippi Arzobispo de Aquila.

El primer superior de una Orden religiosa que habló de Colon al gran Pio IX, es el ilustre general de los Franciscanos, el Reverendísimo P. Bernardino de Porto-Gruaro.

Los primeros Delegados de la Santa Sede, que firmaron la postulación, son Arzobispos franciscanos.

Los primeros eruditos que han refutado las calumnias del canónigo Sanguineti son celebridades franciscanas: el P. Marcelino de Civezza y el P. Ramon Buldú, provincial de los Franciscanos de Cataluña.

El venerable Arzobispo de Santo Domingo, *que nos ha DEVUELTO LOS VERDADEROS RESTOS del Héroe*, Monseñor Roque Cocchia, es también uno de los hijos del bienaventurado patriarca de Asís.

Por una misteriosa predestinación, la Orden Seráfica después de haber acogido á Cristóbal Colon al llegar á Castilla, después de haberlo asistido en su empresa, consolado en sus adversidades, después de haber concedido á sus cenizas la hospitalidad fúnebre en España, *ha tenido la dicha al cabo de trescientos setenta y un años DE DESCUBRIRLAS en Santo Domingo*, DONDE ESTABAN OLVIDADAS, Y AUTENTICARLAS de una manera no ménos solemne que irrecusable.

De esta manera parece haber querido la Providencia que bajo el pontificado del Papa Leon XIII, unido también á la familia franciscana por el cordón de los Terciarios, fuera también un miembro de la Orden Seráfica, Arzobispo, Vicario Apostólico, y Delegado de la Santa Sede, quien, viniendo á ser el Obispo ordinario de Cristóbal Colon, pueda finalmente comenzar de un modo regular una información acerca de las virtudes de ese CRISTIANO INCOMPARABLE.

Esperemos.

Viernes, 22 noviembre de 1878.

Continuemos ahora el *Informe* de la Academia:

«Cuatro fechas pone de manifiesto la Academia, 1549, 1655, 1676 y 1683. Tres Arzobispos de Santo Domingo presenta por testigos de vista, y un documento cuya autenticidad está fuera de controversia. La cuestión versa sobre un punto de historia de aquella Iglesia y nuestra buena suerte quiere que todas las pruebas lleven el sello de su autoridad.

»¿Era desconocida é ignorada una sepultura, objeto casi de un culto público en 1549? ¿Lo era en 1655 cuando la mandó cubrir un Arzobispo, designando su lugar al lado del Evangelio? ¿Había caído en el olvido cuando en 1676 otro Arzobispo afirma en un documento oficial, que estaba en la capilla mayor, á la diestra del altar? ¿Acaso habían perdido la memoria el Arzobispo, el Cabildo y todos los que fueron presentes al Sínodo diocesano celebrado tan cerca del sepulcro de Colon en 1683? ¿Qué fé merecerá don Fr. Roque Cocchia, Vicario apostólico de la Archidiócesis de Santo Domingo, si recusa el testimonio de cuatro de sus ilustres y venerables antecesores?

»En el siglo XVIII escasean los documentos relativos al lugar en donde yacen aquellos despojos mortales, y toma cuerpo la tradición, la cual, siendo generalmente recibida, duradera y uniforme, merece respeto, y puede y debe consultarse como una de las fuentes de la historia.

»Borrados los signos exteriores que atraían las miradas del público, y las fijaban en el sepulcro del primer Almirante de las Indias, y extinguida la última generación que los había contemplado, sucedió á la anterior abundancia, mayor pobreza de noticias, suplida en gran parte por una tradición viva y perenne.

»No se pone en duda si los restos de Cristóbal Colon existen en la Catedral de Santo Domingo; mas, para determinar su sepultura, es preciso registrar los archivos y remitirse á los documentos del siglo XVII.

»Algunos rayos de luz mostraban á largos intervalos el camino de la verdad abierto por la historia y seguido por la tradición. En una solemne función religiosa, celebrada en la Catedral de Santo Domingo en 1702, se invocó el recuerdo de «don Cristóbal Colon, cuyos huesos aquí á nuestro lado se hallan;» y en otra habida en 1782, se dijo que su sepulcro estaba en el presbiterio de la Iglesia, «como cosa que bueno es honre la cristiandad» (1). La palabra sustituía á la escritura, y la memoria del lugar en que descansaban los restos de Colon se perpetuaba, transmitida la noticia de padres á hijos.

»Coleti da por supuesto que en su tiempo (1771) el sepulcro de Colon era conocido, y Alcedo no vacila un instante en afirmar que en la Iglesia Catedral están

(1) López Prieto, *Informe sobre los restos de Colon*, pág. 29.